



SOLO LA PAZ ES CREÍBLE

Escrito dominical, el 29 de marzo

Los Obispos de la Conferencia Episcopal, reunidos en la última Permanente, hemos querido elevar un grito de paz en estos momentos dramáticos de la historia de la humanidad. Como Arzobispo de Toledo junto con el Obispo auxiliar, en comunión con mis hermanos en el episcopado, siento la responsabilidad de dirigir este mensaje a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. No se trata de un discurso más, sino de un clamor nacido del dolor que hoy sufren tantos pueblos. La advertencia del papa Francisco sobre una «tercera guerra mundial por partes» es ya realidad: los conflictos se multiplican, se cronifican y amenazan con quebrar los frágiles equilibrios de la convivencia humana.

Vivimos un tiempo en que la guerra ha dejado de ser algo lejano. Está presente en la vida cotidiana de millones de personas y en la conciencia de toda la humanidad. La violencia se naturaliza, el diálogo se debilita y la injusticia y el odio parecen normalizarse. Ante esta situación, siento, como pastor, la urgencia de recordar que la paz no es una opción, sino una exigencia del Evangelio y un deber moral y humano. Por eso insisto en tres afirmaciones que llevo en el corazón:

1. Con la paz no se pierde nada; con la guerra se pierde todo. Lo afirmo con convicción: la guerra es siempre una derrota. No hay victoria cuando hay familias destrozadas, niños sin futuro, pueblos enteros marcados por el miedo. La guerra destruye la vida, la esperanza y la dignidad humana. El sufrimiento que deja no termina cuando cesan las armas: se instala en la memoria colectiva, se transmite de generación en generación y alimenta un odio difícil de superar. En este sentido, me reconforta e interpela lo que el papa León XIV ha escrito: «La paz no puede reducirse al silencio de las armas, porque incluso cuando cesa la violencia visible, si el corazón del hombre permanece endurecido, la guerra sigue latiendo en lo profundo; por eso es necesario reconstruir al ser humano desde dentro, sanar sus heridas y devolverle la capacidad de amar y de reconocerse hermano del otro». Estas palabras recuerdan que la verdadera paz exige transformar el corazón del hombre antes que los conflictos externos.

2. El perdón, y no la venganza, es el camino. La venganza solo genera más sufrimiento. En nuestra sociedad, muchas veces normalizamos la represalia, pero el Evangelio nos llama a responder con el perdón. No es un acto de debilidad, sino de valentía y libertad. Perdonar rompe la cadena del odio y abre caminos de reconciliación que la lógica humana por sí sola no puede construir. Como también ha señalado el papa León XIV: «Quien se deja arrastrar por la venganza termina siendo prisionero de su propio dolor y contribuye, sin darse cuenta, a prolongar el sufrimiento en el mundo; en cambio, el perdón, que brota de un corazón reconciliado con Dios, tiene la fuerza de abrir caminos nuevos, incluso allí donde todo parecía definitivamente perdido». Reflexionar sobre esto nos invita a mirar nuestro propio corazón y a elegir la reconciliación frente al resentimiento.

3. Vivir en estado permanente de oración por la paz. Ante la magnitud del sufrimiento que nos rodea, la oración no es una evasión, sino un compromiso profundo. Orar por la paz es unir nuestro corazón al de quienes sufren y suplicar un cambio de rumbo en la historia. Por eso propongo que mantengamos un estado permanente de oración, especialmente a través del rosario. Cada Ave María, cada momento de silencio ante Dios, es un acto que fortalece nuestra esperanza y nos hace partícipes de la transformación del mundo. El papa León XIV también nos recuerda: «Cuando los creyentes elevan su súplica por la paz con un corazón sincero, no están realizando un gesto vacío, sino participando en una acción profunda de Dios en la historia, porque Él actúa a través de quienes se abren a su gracia y se convierten en instrumentos vivos de reconciliación y esperanza». Esta enseñanza nos impulsa a ser constructores de paz en cada lugar donde estemos.

No podemos aceptar como inevitable lo que es, en realidad, una tragedia evitable. Como pastor, siento el deber de invitar a todos a vivir como auténticos artesanos de paz, empezando por nuestras familias, nuestras comunidades y nuestras relaciones cotidianas. La paz no comienza en los grandes acuerdos internacionales, sino en el corazón de cada persona.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España